

Acompañar el duelo en esperanza



Víctor M. Ballesteros, C.Ss.R.

“Te acompaño en el sentimiento” es una frase hecha a la que solemos recurrir a la hora de comunicar nuestra condolencia a un familiar de un fallecido. Sin embargo, descubro que acompañar a un doliente, desde una perspectiva humanista y cristiana, es compartir la esperanza. Sin esta niña esperanza, pequeña, frágil y vulnerable, ¿qué sentido tendría hacer camino juntos en el duelo?



Jardin con Flores, Klimt

¿Qué puedes esperar ante el muro de la muerte?

Una y otra vez hay que insistir en la importancia de superar el tabú social en torno a la muerte. Las noticias sobre muertes, en diferentes circunstancias, nos sobrepasan todos los días, pero ni nos educan ni estamos preparados para dar respuesta al hecho inaplazable del morir. Vamos saliendo de cada trance con nuestros aprendizajes, buenos o malos, y tantas veces insuficientes para hacer de cada duelo un “parto” generador de vida. Si uno hace historia de sus propios duelos, sobre todo de los ocasionados por muerte, sabe que hay nudos no resueltos, otros bien prietos y otros tantos nudos ignorados pero presentes. Y cada nudo, acorta la cuerda de la vida. De ahí la importancia, de tomarse en serio la existencia, para dar sentido a las muertes que nos visitan por el camino. Y la muerte de una persona querida y amada no deja ser un muro que se pone delante, difícil de atravesar.

¿Se puede esperar algo o a alguien detrás de esa pared gruesa que es la muerte? Si es el final, debería serlo también de la esperanza. Sin embargo, la esperanza nunca muere porque está impresa en nuestros genes. Somos anhelo y deseo de felicidad y plenitud desde que nacemos hasta que morimos. Y la esperanza no es hermana de la seguridad, sino de la confianza. Más aún, santo Tomás decía: “La seguridad no pertenece a la esperanza”. En su raíz, la experiencia de la esperanza se convierte en abandono. Abandono confiado en Alguien, sabiendo que, por nuestras pobres fuerzas, nunca se llega a realizar lo totalmente deseado. Una experta en duelo, Anji Carmelo, opina que

En la tradición creyente, “esperar contra toda esperanza” es lo distintivo de un ser humano y de un pueblo que mira la vida como cumplimiento de una promesa. Promesa de vida anticipada en el ahora de una fe que se hace camino y encuentro. Cuando más lo necesitas, cuando la losa de la muerte es demasiado pesada. En ese tiempo, nos acompañamos en la espera de un “cielo nuevo y una tierra nueva”.

esperanza significa sembrar y saber que habrá una cosecha. Y unida a esta siembra está la virtud de la paciencia, que como recordaba el autor de la Carta a los Hebreos: “Necesitáis paciencia ante el sufrimiento para cumplir la voluntad de Dios y conseguir así lo prometido” (Heb 10,36). Aquí paciencia es permanecer en la fe, constancia, perseverancia y fidelidad. Esta paciencia no es pasividad, sino que es una “impaciente paciencia” (L. Boff) y con temblor aguardamos y suspiramos. Este aguardar nos hace sanamente impacientes y personas intranquilas porque sufren por la realidad y trabajan por transformarla. Por tanto, el muro se puede atravesar en esperanza, confiando con paciencia activa y empeño por hacer de sus piedras un puente o calzada hacia la eternidad.

Hacer de la esperanza experiencia

Al acompañar a personas y familias en sus duelos por muerte, en situaciones muy dolorosas, tienes el regalo de compartir esta vivencia de la esperanza. Este testimonio de una madre es una muestra de ello: “Ahora estoy segura, sé que existe la vida eterna. Siento que mi hijo sigue vivo en mi corazón y que a través del amor me acompaña. Hasta que llegue mi hora seguiremos juntos y entonces nos reencontraremos y esta vez sí será para siempre” (citado por J.C. Bermejo en “Duelo y Espiritualidad”, ST, 2012). Es verdad también, que la muerte sacude todos los cimientos personales y puede provocar rebelión y enfado absoluto contra el sentido de la vida y la esperanza creyente.

Pero, en todo caso, la esperanza en la resurrección debe encarnarse en el duelo, particularmente, en un contexto de vivencia del amor. El dolor más grande es ese vacío de cariño y afecto que deja la muerte. Porque amamos, sufrimos. Y es ese amor el que da a la muerte “su color esperanza”. El acompañamiento en el duelo, como gesto de ayuda incondicional, hace posible la experiencia de apertura a la Resurrección. Existe la experiencia de la Resurrección siempre que hay experiencia del amor. Es la esperanza de que el amor permanezca siempre (1Cor 13,13) lo que convierte el duelo en posibilidad de salud.



Árbol de la vida, Klimt

La esperanza en la resurrección debe encarnarse en el duelo, particularmente, en un contexto de vivencia del amor



Muerte y Vida, Klimt